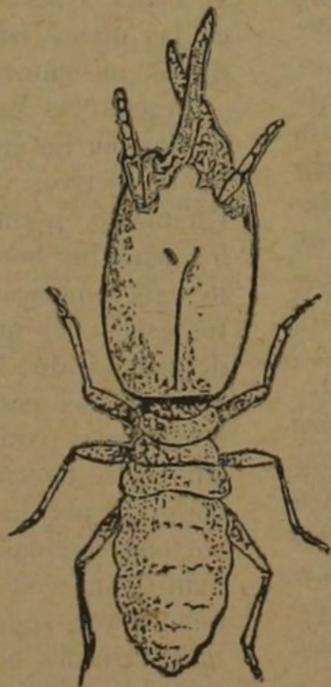


formas de soldados; los de menor tamaño y apariencia menos bélica deben de ser los encargados de la policía urbana.

Aquí reina, repetimos, el materialismo más extremado. Quien no trabaja, no come. Los ociosos no saben comer o no digieren la celulosa, viven a expensas de los trabajadores. Cuando uno de ellos siente apetito, roza con una antena al obrero que pasa afanado. Este olfatea al pedigüño, y si es un joven, un rey en ciernes, le vomita en la boca el contenido de su estómago, como manjar más fresco y lechoso; pero si es adulto, el obrero se vuelve y le paga con la pasta de papel elaborada en su intestino el congruo estipendio de su onerosa inutilidad. «Es el comunismo integral—dice Maeterlinck—; el comunismo del esófago y de las entrañas llevado hasta la coprofagia colectiva». El excremento es la materia empleada por los termes para empapelar sus aposentos y pasillos, para construir los caminos tubulares, para reparar destrozos y obturar brechas. Y en la misma alimentación es aprovechado varias veces, por sus sucesivas destilaciones intestinales, hasta dejar bien apurado el orujo. Los termes, escribe Maeterlinck, son «químicos que han llegado a la serena convicción de que nada es repelente en la Naturaleza; de que no hay más que cuerpos simples, limpios, puros». Cuando los termitas soldados rebasan el cupo prefijado por el instinto, o cuando el observador, en sus entretenimientos experimentales, introduce algunos de más, la comunidad deja perecer a los supernumerarios en un combate sin gloria. Les suprime las viandas, y ellos, incapaces de comer, con el sable siempre en la boca, mueren de hambre bajo el peso descomunal de sus mandíbulas inútiles.

La reina es un animal gigantesco en relación con el termes ordinario. Pesa de diez mil a veinte mil veces más. Es sólo un abdomen (figura 1.^a); su vientre hidrópico llena su palacio, que de continuo requiere ampliaciones. Allí yace inerte, mientras un equipo de centenares de obreros se apresura junto a su boca, vertiendo sin cesar, como en una tolva, el manjar estercoreo. Otro equipo, apostado a la salida del oviducto, recoge los huevos, que caen, a razón de uno por segundo (treinta millones al año), como las gotas de una gotera; los lava y los transporta al almacén de los embriones. Es el trajín de un alto horno. Una guardia de soldados rodea a la momia viva de la reina, erizadas sus ar-



Soldado de *Capritermes opacus*
Fig. 3.

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

mas contra un enemigo imaginario. Otros vigilan a los obreros, porque el sudor de la reina es tan dulce y su piel tan exquisita, o sus adoradores son tan idólatras, que sin cesar la acarician y lamen, y al menor descuido se llevan, como fetiche de amor, un bocado de pellejo. La fecundidad de la reina persiste cinco o seis años; a la menor señal de menopausia se la priva de alimento y es devorada en el acto, como una ballena caída en poder de una tribu de salvajes; la moral de la termitera no admite negligencia ni flojedad. El rey, pequeño y enclenque, vive atemorizado, como quien va a ser preso, siempre atisbando y siempre oculto bajo el vientre de la soberana. Cuando la reina cae o su fecundidad decae, los termes no entronizan una nueva reina; la sustituyen con una plebeya, buena ponedora, educada para la contingencia. A tal fin reservan en el taller un cierto número de individuos a medio terminar, abocetados, a los que, en caso de necesidad, apresuradamente, dan los últimos toques, como el escultor, trasformándolos a voluntad en soldados, obreros o ponedoras.

Sin soldados y reproductores, la especie se hubiera extinguido. El termes obrero es flojo, cobarde, infecundo. Pero

algún Trotski de este Soviet ha organizado tropas numerosas y bien equipadas. Si el nido es atacado por las hormigas, si se abre una brecha, enseguida asoma la cabezota de un centinela, que alarma al cuerpo de guardia golpeando el suelo con sus mandíbulas; a poco toda la guarnición cierra la brecha con sus cráneos que muerden al azar, como una jauría de bulldogs ciegos. Cuando por acaso un pelotón de hormigas salva las alambradas, los obreros tapien a retaguardia las galerías que conducen al corazón de la ciudadela; los soldados abandonados mueren heroicamente; pero el enemigo queda aislado.

Los reproductores vagan ociosamente por la ciudad demandando el pan *kaki* a los obreros. Mas un día, al fin del verano, la hermética ciudad se abre de par en par, y súbitamente, como a una palmada, se eleva al azul una nube espesa y trasparente de alas. El ensueño de la termitera dura sólo un instante; la nube se posa, y pájaros, reptiles, roedores, hormigas y libélulas se arrojan vorazmente sobre los termes; el hombre apalea los cadáveres, y con la pasta amasa confituras exquisitas. De todas las parejas, tal vez una sola escapa con vida y funda una nueva colonia. En toda la vida de la termitera reina la previsión, la economía, la sordidez; únicamente en este instante el azar del amor y el lujo dilapidador de la vida recorren sus fueros.

Fernando Vela

17 de Marzo de 1927.

Persiflage Port-Royal

— Colaboración directa —

Para el Licenciado don Alberto Brenes Córdoba, porque estoy seguro de que fue él quien hizo pensar a Gissing en Port-Royal.

Cómo se las arregla Gissing para leer lo que lee en la Biblioteca de Alejandría es para mí mayor misterio que averiguar el nombre que se daba Aquiles cuando se escondió entre las mujeres. En la Biblioteca hallo poco de mi gusto. Casi no hay estante en el que no encuentre alguna versión del *Libro de los muertos* de los egipcios, y, como los egipcios, que escribieron esos capítulos para recitar cuando se sale al día, tenían una manera de pensar de la muerte para entender la cuál sería necesario que yo naciese egipcio, en la Biblioteca me agobio y me asfixio de papiros. El papiro de Ani, especialmente, me perturba; y, perturbado el ánimo, no hay manera de gozar entre libros. A ellos debe irse con el espíritu en reposo, como se tiene la copa para que el escanciador nos la llene de vi-

no.—A propósito, hoy que me llenaban el bonito cáliz, de cobre con incrustaciones de plata, me temblaba la mano demasiado y derramé el rojo líquido sobre los limpios manteles de la Sarah israelita. Parecía que aquello fuese sangre, tan rojo oscuro y tan espeso es el vino que se nos sirve, y me sentí palidecer como si hubiese sangrado mucho. No sabría decir qué me pasa. Gissing, en cambio, viejillo como es, goza de una tranquilidad envidiable. Decía que no sé cómo hace para leer en Alejandría lo que lee.

“He estado leyendo”, dijo, *Port-Royal* de Sainte-Beuve, libro que siempre había pensado leer: como es largo, y como el interés que he tenido en el período de que se ocupa ha sido leve, hasta ahora no lo había

(Pasa a la página 238)



Soldado narigón de *Euterpes diversimiles*
Fig. 4.